

3.1 El pensamiento conectivo. Teoría y práctica para un materialismo del encuentro

Francisco Sierra Caballero, Universidad de Sevilla

Toda práctica teórica necesita el valor de uso de la forma comunidad. No hay pensamiento posible sino con los otros, como un ejercicio fruto del diálogo de saberes y el cruce de caminos de una forma materialista del encuentro en tanto que filosofía de la praxis, más aún si nos situamos en el campo de la comunicología. Nuestro camarada y colega de Compolíticas, Víctor Silva, practicó en vida con fruición esta idea desde la fraternidad, siendo como fue amigo de sus amigos, cultivador por sistema de la lógica conectiva, característica del pensamiento relacional, consustancial, por otra parte, a todo pensamiento crítico. Y lo hizo en la academia y en un momento difícil, históricamente, para ejercer la función intelectual desde la firme voluntad de un consciente esfuerzo de superación que ya hace décadas un corsario como Pasolini supo entrever. Y que hoy, como modelo de referencia, se agudiza cuando tratamos de observar y definir el sentido de la realidad del neoliberalismo, en medio de la desolación y la ruina que nos evoca aquel poema de *Las cenizas de Gramsci* en que la figura alegórica de la excavadora apunta la catástrofe y la barbarie del capitalismo frente a la potencia de la vida. No es en vano la cita y la metáfora, pues Víctor sabía que siempre existe la necesidad de repensar las mediaciones que nos conforman a partir del caos y la catástrofe, esto es, a partir de la razón de ser del pensamiento para el cambio social en una era hipermediatizada y profundamente colonizada por la lógica de la violencia simbólica internalizada en los imaginarios.

Más allá de toda teoría conspiratoria, la proliferación del desastre y las parábolas del fin del mundo en el cine y la industria cultural contemporánea ilustran, en nuestro tiempo, una inclinación por pensar el objeto geopolítico de la comunicación y la cultura a partir del naufragio del presente y, por tanto, como bien se sabe, por negar la radical historicidad de los acontecimientos que vivimos y representamos. Poco importa, en este sentido, si se trata de un desastre o catástrofe natural, ecológico, o de la demolición creativa del devastador proceso de expansión del capitalismo, lo verdaderamente revelador es que este proceso o desastre, la comunicación-mundo del escombros y la ruina, exige una nueva forma de pensar el cambio y el acontecimiento, por la propia mudanza estructural del sistema. De la exploración hermenéutica fallida y sesgada al ruido que procura el decir sobre el hacer de la práctica teórica al introducir la fuente creativa de una crítica fundada de las derivas de la investigación comunicacional en la región, Víctor Silva, siempre inquieto, exploró los márgenes, los retos de esta catástrofe al cabo de la calle y la vida y, por lo mismo, supo encontrar caminos, fugas y lecturas potenciales para repensar el campo social de lo simbólico desde nuevas estrategias productivas, desde nuevas formas dialécticas de la sospecha que nos permitan develar el sentido de los actuales constructos ideológicos y el espesor material de los relatos de la crisis y las contradicciones del nuevo espíritu del capitalismo.

De Montevideo a Sevilla, de Valencia a São Paulo, de Valparaíso a Zaragoza, de los libros a la protesta y la propuesta, de la academia a la vida, Víctor Silva aprendió que mirar es, como enseña la cultura tabernaria, saber vivir, aprender a escuchar las voces ocluidas de los que siempre aparecen como espectros invisibles. Por ello se empeñó en los últimos años en horadar tres frentes culturales estratégicos:

1. La dominancia de la imagen-poder de una nueva biopolítica que en América Latina tiene mucho que ver con el *revival* neobarroco del exceso y la captura de la vida toda por el capital

Catástrofe y comunicación: la pugna de las imágenes

financiero global y antes aun por la propia lógica de división internacional del trabajo del capitalismo monopolista vigente.

2. La decolonialidad del saber-poder para una comunicología del Sur, que autores como Castro-Gómez, Dussel o Quijano vienen proponiendo en ciencias sociales para comprender la comunicación-mundo y la diferenciada modernidad experimentada en la región desde la que el autor trató siempre de repensar las mediaciones.

3. La invención de nuevas bases teóricas y métodos innovadores de intervención que trasciendan la antropofagia hegemónica en las culturas populares. Esto es, una nueva política y episteme que, necesariamente, debería comenzar por dar cuenta de la diversidad cultural en las mediaciones simbólicas del espacio geopolítico de América Latina, ausente por omisión o intención de la agenda teórica del norte, poco dado a conocer otras lecturas fuera del marcado etnocentrismo científico-técnico que prevalece incluso respecto a la escuela francesa importada por los campus estadounidenses, tan dados, no casualmente, desde la revolución conservadora neoliberal de los ochenta, a leer las tecnologías del yo en Foucault y otros autores en la estela de lo que Juan Carlos Rodríguez define como anarquía liberal.

De estas tres lecturas itinerario derivan las investigaciones sobre la función localizadora de la imagen y la visualidad del poder que iniciara con su socio de aventuras predoctorales y académicas Rodrigo Browne Sartori a propósito de la iconofagia de este capitalismo excedentario. Pues no por nada vivimos tiempos espectrales muy característicos de un proceso de mudanza marcado por la agudización de las contradicciones bárbaras de una cultura neobarroca o zombi que, pese a apelar a la idea del capitalismo, revela, como sugiriera Víctor, nuevos dispositivos de dominio y explotación a partir de las falsas representaciones de lo vivo. Más aún en un sistema en el que, como demostrara Guattari, el capital es un modelo integral de las formaciones de poder y sometimiento semiótico, por las que se impone la universal equivalencia de cualquier cosa, así como el aplastamiento de la potencia productiva de la diferencia, estableciendo el sedentarismo en la ecosofía mediática hoy imperante como norma. Víctor Silva era consciente de que esta racionalidad, apenas entrevista por Benjamin, es estratégica en la era posmedia, pues, en el reino de lo extraordinario y de lo espectacular integrado, la creatividad, el acto de lectura que evoca, sugiere, proyecta e impugna tal lógica de la mediación se torna un espacio de poder y lucha ideológica. Este es el sentido de las hibridaciones y cambios de demarcación. Nuevas direcciones y agendas que vuelven a reconectar, más complejamente, si cabe, como sugirieran Williams y Hall en los inicios de los estudios culturales británicos, a la cultura y la política, la economía y la comunicación, la identidad y las transformaciones históricas.

Víctor compartía con nosotros la idea de que no hay teoría sin pasión, no hay ciencia sin praxis, por lo que toda comunicología fundamentada ha de ser cultivada como ciencia y/en/por/ con con/ciencia. Ese fue su empeño en todo momento, explorando los pliegues liminares de una escritura carnavalizada, en diálogo con grandes maestros del pensamiento comunicacional *brasileiro*, del tropicalismo y la reflexividad benjamínea sobre el *lixo* lógico de la catástrofe y la ruina, especialmente hablando de Brasil, no tanto porque, como propone Giuseppe Cocco, la deriva del sistema y la comunicación-mundo sea la ciudad favela o mundo-Braz, como por el hecho rastreable en su trayectoria vital de que el trabajo teórico no es comprensible sin este dialogismo con *o povo misturado*, a decir de Gilberto Freyre, de la comunicología brasileña. Una lectura importante en su trabajo, y yo diría que en el conjunto de la escuela latinoamericana de comunicación. Y que, por cierto, cobra hoy viva actualidad y pertinencia.

Desde Eisenstein, sabemos que no es posible revolución alguna sin una política de lo sensible. Si el capital necesita una forma superficial y perceptible, algo similar podríamos decir de la imagen para todo proyecto antagonista. Por ello Kluge procuró articular un proyecto de guerrilla contra el espectáculo enlatado del imaginario mediático dominante. Si los cuerpos y formas de vida están

atravesados por la figuración espectral del capital, capturar su imagen y jugar a los memes no es cosa baladí. El conocimiento de las constelaciones visuales nos permite, de Eisenstein y Brecht a Barthes o Žižek, subvertir el mundo al revés, como diría Galeano. Ahora, no podemos olvidar que el cine, como escribe Hirose, acumula imágenes ordinarias para producir singularidades, en tanto que máquina de extracción. La propia contemplación, advierte Slachevsky, es una condición de la existencia que anula la praxis y convierte en ajeno aquello que se observa. El espectador termina así inane, inmerso en un espectáculo total que proyecta la potencia de la técnica de mediación. Los fragmentos de imágenes de un lenguaje estereotípico posmoderno sugieren —escribe Jameson— un nuevo ámbito cultural que es independiente del antiguo mundo red porque ya ha colonizado el mundo real, de modo que no tiene un exterior en términos del cual, siguiendo a Foucault, puede encontrarse faltante. Conviene por ello retornar a Adorno y su idea de explorar el contexto de ilusión de las imágenes prefabricadas. Del análisis de los espectros y ficciones del capital depende, qué duda cabe, nuestro futuro. Y para ello quizá la forma más adecuada es la parodia. Nuestro tiempo, advierte Didi-Huberman, está dominado por la iconofagia y la tendencia a la sobreproducción de imágenes. Si la era del capital y sus imágenes es la del imperio del cliché —el momento, según Deleuze, que se impone como parodia para dar continuidad al proceso de valorización ante la caída de la tasa de ganancia—, es preciso ver cómo filmar la historia como promesa o esperanza.

En uno de sus últimos libros, Víctor retoma estas cuestiones centrales con madurez y magisterio en una suerte de síntesis de más de diez años de ensayos y bosquejos tentativos que alumbraron en *La desilusión de la imagen* (2016) y que apunta, en línea con algunas tesis de Remedios Zafra expuestas en *Ojos y capital*, ideas seminales sobre la imagen como *pathos* formal (como fantasmagoría propia de la cultura zombi). Para ello inició una aventura, radical, de estudios visuales en diálogo con Didi-Huberman, Vilém Flusser, Norval Baitello Jr., Rodrigo Browne, Agamben, Benjamin, Nelly Richards y Kracauer, entre otros, recomponiendo puntos de posición que campos como el de la economía política de la comunicación, y la Unión Latina de Economía Política de la Información, la Comunicación y la Cultura (ULEPICC), de la que formó parte desde su origen en Sevilla, apenas han explorado.

Víctor siempre registró y vivió tales retos intelectuales en primera persona del plural, tan acostumbrado a pensar de modo conectivo. La original interpretación de experiencias concretas de intervención en la reapropiación de las imágenes y en la lucha de clases por la necesidad, como nunca hoy, de un imaginario radical para que no nos jodan la vida siempre estuvo alentando sus escritos, consciente como era de que toda práctica teórica es, como decimos, la producción de lo común. Este es el aprendizaje que hemos de guardar como un tesoro del legado de su obra que hemos seguido a lo largo de los últimos diez años en los congresos de la Asociación Española de Investigación de la Comunicación (AEIC), la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC), ULEPICC y los seminarios como el que liderara con el profesor Daniel H. Cabrera Altieri en la Universidad de Zaragoza, pensando la metáfora benjamínea del ángel de la historia, de la ruina de la destrucción creativa. Toca ahora poner en valor su obra: consistente, conectada, abierta a lecturas plurales, dialogando sobre hombros de gigantes, a la hora de buscar herramientas de navegación, formular toda crítica de la imagen de la barbarie y el desperdicio de la experiencia y aprender a pensar las imágenes de los indignados: de España a Chile, de Gramsci a Rancière, pensando siempre en combatir lo que hace tiempo nuestro querido y común amigo Antonio Méndez Rubio definió como fascismo de baja intensidad en la era de los medios intensivos de colonización y subyugamiento de las clases subalternas. No tengan duda de que lo haremos como partisanos del materialismo del encuentro que somos. Se lo debemos, lo comprometimos.